



Capítulo 74 - Aceite y grasa

Vergil observaba la escena que se desarrollaba ante él, apenas disimulando una sonrisa. ¿A quién intentaba engañar? Se estaba divirtiendo demasiado con esto.

Frente a él estaban dos mujeres: Katharina y Ada.

Estaban fácilmente entre las cinco mujeres más hermosas que había conocido. Y ahora, estas mismas bellezas celestiales vestían overoles de trabajo azul oscuro y camisas blancas, completamente manchadas de grasa y aceite.

Los dos estaban enfrascados en una feroz batalla contra el capó abierto del mismo auto deportivo clásico que habían usado para rescatar a Roxanne meses atrás.

¿Por qué?

Mientras Vergil "entrenaba" con la madre de Katharina, el mundo seguía girando, y habían sido atacados por demonios en múltiples ocasiones; tantas que un día, el coche simplemente no soportó más. Fue retirado temporalmente al garaje detrás de la casa de Katharina. Después de todo, Ada tenía que mudarse a un lugar más seguro, y la mansión Agares era actualmente el lugar más seguro.





Ese coche, antes impecable, ahora estaba hecho un desastre. Aunque aún lucía bien por fuera, su interior era un desastre.

Su mejor amigo ahora estaba rodeado de herramientas esparcidas en el piso del garaje, y sus dos mecánicos improvisados estaban discutiendo fervientemente mientras trataban de averiguar qué estaba mal.

Al fin y al cabo, todo debería haber funcionado!

—¡Ada, pusiste la llave inglesa donde no debías! —resopló Katharina, inclinándose sobre el motor e intentando alcanzar algo que parecía estar siempre fuera de su alcance.

"¡Lo puse donde debía ir!", replicó Ada, pasándose una mano grasienta por su moño ya despeinado, con mechones sueltos pegados a su frente sudorosa. "¡Tú eres la que te estás metiendo donde no debes!"

¿Yo? ¿Sabes siquiera lo que haces? Te dije que primero revisararas el carburador, pero no, insistieron en que era el alternador! Katharina la señaló con un gesto acusador, cada vez más frustrada.

"¡Porque era el alternador!", replicó Ada, golpeando el capó con la mano, haciendo vibrar las herramientas. "¡El coche no arrancaba!"

—¡No arrancaba porque el carburador estaba lleno de tierra, cabezón! ¿Olvidaste lo de la última vez? —Katharina tiró una llave





inglesa a un lado, frustrada, y miró a Vergil, que estaba apoyado contra la pared del garaje, con los brazos cruzados, riendo en silencio.

Sorprendido, Vergil intentó disimular una sonrisa, pero no pudo evitar soltar una risita. Las dos mujeres se volvieron hacia él a la vez, con los ojos entrecerrados.

"¿De qué te ríes, Vergil?", preguntó Ada, arqueando una ceja. "Si te parece tan gracioso, ¿por qué no vienes y lo arreglas tú mismo? ¡Es culpa tuya que esto haya ocurrido! ¡Se suponía que debías protegerme!" Desahogó su frustración sin contenerse.

"¿Yo? Ay, no, solo disfruto del espectáculo, sigue", respondió Vergil con una sonrisa traviesa. "Además, se llevan tan bien juntos que sería un crimen interrumpir esta sinfonía de... discordia".



Katharina puso los ojos en blanco y se agachó para coger otra herramienta. «Vergil, te quiero, pero si sigues burlándote de nosotros así, ¡te juro que te mato yo misma!», gruñó, con sus ojos esmeralda brillando. «Estás ahí sentado como un espectador mientras intentamos arreglar este coche. Esto no es para cualquiera, ¿sabes? Arreglar un motor es un asunto serio».

"Claro. Totalmente en serio", respondió, asintiendo y sin dejar de reír. "Ustedes dos tienen todo bajo control. Es decir, el motor aún no se ha incendiado, así que ya van mucho más adelantados de lo que pensaba".



Ada suspiró y se cruzó de brazos, dejando un reguero de grasa en el hombro de su overol. «Mira, si tienes alguna idea brillante, ahora es el momento de decirla. Porque al ritmo de Katharina, estaremos aquí hasta el próximo siglo».

"Si íbamos a mi ritmo, el coche habría estado funcionando hace una hora, Ada", replicó Katharina con una mirada penetrante. "Pero como cambias de opinión cada cinco segundos, aquí estamos".

Vergil meneó la cabeza, divertido, mientras los dos volvían a discutir sobre qué pieza del motor era responsable de la falla.

Él conocía bien esa dinámica: Katharina, siempre impaciente, rebosante de confianza, y Ada, meticulosa, intentando hacer todo bien pero incapaz de resistirse a las constantes provocaciones de Katharina.



Vergil finalmente se acercó al coche, inclinándose sobre el capó para echar un vistazo. Ambas mujeres guardaron silencio un momento, esperando a que dijera algo.

—Bueno... —empezó Vergil, frotándose la barbilla como si estuviera considerando algo importante—. ¿Has revisado la batería?

Las dos mujeres intercambiaron miradas, sorprendidas y un poco avergonzadas.



"Claro", dijo Ada rápidamente, intentando salvar las apariencias.
"Pero creíamos que el problema estaba en otra parte".

"Ah, claro, claro", asintió Vergil, visiblemente divertido. Se agachó junto al coche, abrió el compartimento de la batería y, con un vistazo rápido, encontró el problema. "Un cable suelto. Eso es todo".

Ada y Katharina se quedaron paralizadas, mirándolo en estado de shock.

—Espera... ¿qué? —preguntó Katharina, incrédula.

"Sí. Uno de los cables estaba un poco suelto. El coche no tenía suficiente potencia para arrancar." Vergil tensó el cable y se levantó, aplaudiendo como si acabara de realizar la reparación más complicada de la historia de la mecánica. "Listo. Inténtalo ahora."

Ada frunció el ceño, aún escéptica, pero se subió al coche y giró la llave. El motor rugió al instante, funcionando a la perfección. Katharina se quedó boquiabierta, mientras que Ada apoyó la frente en el volante, suspirando.

"¿Quieres decir que... pasamos las últimas tres horas discutiendo... por un cable suelto?", preguntó Ada, con la voz apagada contra el volante.





"Más o menos, sí", respondió Vergil con una sonrisa inocente. "Pero bueno, el lado positivo es que se ven increíbles con esos monos llenos de grasa. Deberían considerar abrir un taller mecánico. 'Los mecánicos más guapos de la ciudad'".

Katharina se cruzó de brazos, fingiendo estar molesta, pero no pudo evitar reír. "¿Cuánto tiempo podrías habernos ayudado y en lugar de eso quedarte ahí parada disfrutando del espectáculo?"

—Ah, pero ¿para qué arruinar la diversión? Me encanta ver jugar a mis esposas —respondió con un guiño—. Además, solo intervine cuando estaban a punto de matarse. Parecía el momento perfecto.

Ada salió del coche, limpiándose la grasa de las manos con un trapo sucio. "Bueno, bueno. Imaginemos que hoy fuiste el héroe. Pero la próxima vez, quizá llevemos el coche a un mecánico de verdad".



—Vamos, Ada, no seas así. —Vergil le dio una palmadita en el hombro, riendo—. ¡Fue divertido! Bueno, excepto cuando Katharina casi te tira una llave inglesa en la cabeza. Pero aparte de eso, todos aprendimos algo.

"Sí, aprendimos a no dejar que nos vieras trabajar", replicó Ada, poniendo los ojos en blanco. "En serio, ¿cómo descubriste el problema con solo mirar?"

Vergil se encogió de hombros. "¿Intuición, quizá? O quizá solo tuve suerte."



Ada lo miró con recelo. "¿Qué suerte, eh? Parece más bien que te reías de nuestra miseria todo el tiempo, esperando el momento perfecto para humillarnos".

—¡Jamás haría eso! —respondió Vergil con una expresión de fingida ofensa—. Solo admiraba la habilidad técnica que ambos demostraron. Soy un hombre que aprecia a sus esposas, ¿sabes?

"Claro, claro", dijo Katharina, inclinándose hacia el coche para echar un último vistazo al motor. "Lo importante es que el coche ha vuelto a funcionar. Ahora solo queda una cosa por hacer".

Ada levantó una ceja. "¿Qué es eso?"

—Dúchate. ¡Y luego sal a correr para recuperar el tiempo perdido! —sugirió Katharina con una amplia sonrisa, limpiándose la suciedad de las manos en las perneras de su mono.

Ada pareció considerar la idea por un momento antes de asentir. "De acuerdo."

—Oh, entonces mis adorables criaturas andantes necesitan un baño, claro que me encargo —dijo Vergil, aplaudiendo, y Viviane apareció a su lado inmediatamente.





"Mi querida doncella, ¿qué tal si les preparamos un baño a mis hermosas esposas?", preguntó Vergil con una sonrisa burlona, y Viviane sonrió. "Claro, ¿el de siempre o el Extra Plus?", preguntó.

"Extra Plus", dijo Vergil con una risita, mientras las dos mujeres lo miraban confundidas.

"Muy bien, dos baños Extra Plus vienen enseguida", dijo Viviane alegremente mientras dos burbujas de agua aparecían en el aire, envolviendo a ambas mujeres mientras les quitaban la ropa sin dudarlo.

"¡Kyaaaa... KYAAA!" Gritaron, luchando por escapar de las burbujas como si los consumiera cierta baba azul, gobernante de un bosque.



¡KYA! ¡Vergil, ¿qué haces?! —chilló Katharina, agitándose dentro de la burbuja mientras intentaba desesperadamente cubrirse, con la cara ya roja como un tomate—. ¡Nunca acepté esto!

Ada, por otro lado, se quedó sin palabras, todavía intentando procesar lo que estaba sucediendo. "¿Es esto... es un ataque? ¡Viviane, sácanos de aquí YA!"

Viviane, sin embargo, parecía completamente ajena al caos que había desatado, sonriendo complaciente mientras ajustaba los últimos detalles de lo que claramente consideraba un "baño de excelencia". "Tranquilas, chicas. Este es el Extra Plus, ¡el



tratamiento más exclusivo y especial que existe! No solo limpia en profundidad, sino que también revitaliza la piel y rejuvenece cada célula".

¡Saldrás de esto como nuevo!

"¿¿COMO NUEVO?!" gritaron Ada y Katharina al unísono, completamente incrédulas.

—Bueno, ambos necesitan estar preparados, ¿sabes? —Vergil rió entre dientes mientras se daba la vuelta—. Acabo de sentir a esa criada idiota en la puerta de la mansión. Necesitan estar presentables, ¿no?

—Asegúrate de que estén impecables, Viviane. Tienen que aprender a llevarse bien —dijo, esbozando una sonrisa amenazante.

"¡¡Vergil!!!" gritaron los dos al unísono, pero él los ignoró.

